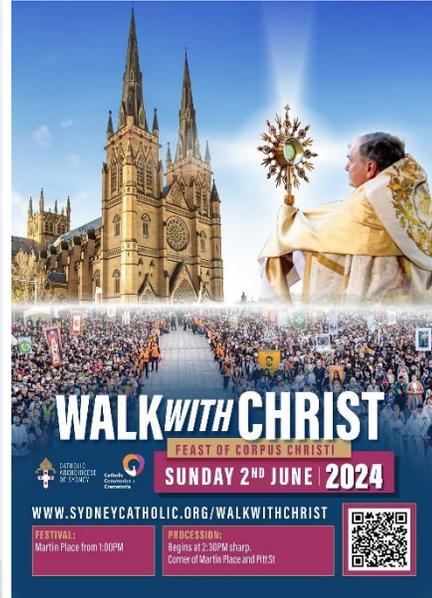


Anthony Fisher es arzobispo de Sydney (Australia), fraile dominico y teólogo moralista. Es miembro de varios organismos vaticanos, entre ellos el Consejo para el Sínodo y el Dicasterio para la Doctrina de la Fe. Ha dado conferencias y publicado sobre bioética, teología moral, historia y espiritualidad. Su libro más reciente es *Unidad en Cristo: Bishops, Synodality, and Communion* (Catholic University of America Press, 2023).





53° Eucharistic Congress International



"POR UNA IGLESIA EUCARÍSTICA SINODAL"

SIMPOSIO TEOLÓGICO SOBRE LA FRATERNIDAD PARA SANAR EL MUNDO

53° CONGRESO EUCARÍSTICO INTERNACIONAL, QUITO, ECUADOR, 6 DE SEPTIEMBRE DE
2024

(REVERENDÍSIMO) ANTHONY FISHER O.P. (📖1)

📖2 I. Hermanos divididos, humanidad herida

Es una historia humana común. En el gran romance de Emily Brontë, Cumbres borrascosas, una serie interminable de actos de venganza entre Heathcliff y los miembros de las familias Earnshaw y Linton están motivados por agravios de la infancia. "La traición y la violencia son lanzas que apuntan a ambos extremos; hieren a quienes recurren a ellas peor que a sus enemigos", ¹ observó Brontë. Los fracasos amorosos desfiguran a todos los implicados.

Una expresión más satírica, aunque no menos inquietante, de esta realidad puede encontrarse en Las aventuras de Huckleberry Finn, de Mark Twain. En una escena, Buck, el hijo menor de la familia Grangerford, explica a Huck por qué quiere matar a un rival de la familia Shepherdson. "Bueno", dice Buck, "una disputa es así: Un hombre tiene una disputa con otro y lo mata; luego lo mata el hermano de ese otro hombre; luego los otros hermanos, de ambos bandos, van a por el otro; luego los *primos* intervienen y, al final, todos mueren y ya no hay más enemistad. Pero es algo lento y lleva mucho tiempo".² Podríamos pensar en el sacrificio de su hija Ifigenia por Agamenón en aras de la conquista de Troya, el asesinato por venganza de su esposa Clitemnestra, la venganza mortal contra ella de su hijo Orestes y la ira despiadada de las Furias contra él en las obras de Esquilo. O las rencillas entre los Montesco y los Capuleto en Romeo y Julieta de Shakespeare, y entre los Corleone y los Tattaglia en El Padrino de Mario Puzo. O la disputa incruenta entre convicciones opuestas en la serie Gilead de Marilynne Robinson...

Estas advertencias sobre la división se hacen eco de la sabiduría de las Sagradas Escrituras. La Torá, los Profetas y los Proverbios coinciden en que no debemos derramar sangre inocente. "No envidies al hombre violento ni elijas ninguno de sus caminos", advierte Salomón. "Acaben con la violencia y la depredación, practiquen el derecho y la justicia", aconseja Ezequiel. "Ámense los unos a los otros como yo los he amado", enseñó Jesús; muestren afecto y misericordia a sus hermanos de sangre, de adopción o de espíritu, a los vecinos, incluso a los enemigos; no guarden rencor ni ejerzan la violencia, sino sean pacificadores, sirviéndonos los unos a los otros. Y así, en sus epístolas, Pablo y Juan cantaron a la amistad y la paz, y deploraron la enemistad y el derramamiento de sangre.³

 **3** Las Escrituras están atentas, pues, a la rivalidad, el resentimiento y la violencia en los corazones humanos, como en las historias de Ismael e Isaac, José y sus hermanos, o Jacob y Esaú incluso en el vientre materno. En la historia del origen de estas emociones y comportamientos negativos, Caín mata a su hermano Abel por envidia, y luego niega toda responsabilidad por él.⁴ "¿Qué has hecho?" Dios clama. "¡Escucha! La sangre de tu hermano grita hacia mí desde el suelo".⁵ En tiempos de concordia, Dios nos susurra que debemos ser guardianes de nuestro hermano; en tiempos de rencor, su ensordecedora exhortación es: ¿Dónde está tu hermano? ¿Qué le has hecho?

La paz en nuestros tiempos es tensa, tanto a nivel mundial como local. Podríamos pensar en el reciente atentado contra la vida del expresidente Trump en EE.UU. o en el exitoso asesinato del candidato presidencial Fernando Villavicencio en este país. Es como si los espacios compartidos que habitamos estuvieran fracturados y solo pudiéramos ver las cosas a través de un lente hipertribal. Todo es "nosotros contra ellos", y las cuestiones complejas se reducen al bando al que perteneces.⁶ Cada vez que surge un tema "candente", que ahora es muy a menudo, hay poco espacio para la persuasión, el matiz, el compromiso o el desacuerdo respetuoso. En su lugar, tenemos eslóganes, binarios, vitriolo y cultura de la cancelación, que intenta excluir las

opiniones incómodas y a sus defensores. La crisis posmoderna de confianza en la argumentación razonada, las cámaras de eco de los medios sociales y los fragmentos sonoros de indignación, las guerras culturales y la polarización de la política, son muchos los factores que contribuyen a ello, y los miembros de la Iglesia no son inmunes. Detrás de todo ello hay intereses e ideologías que se benefician de la discordia.

 **4** Por si fuera poco, las guerras ensombrecen nuestro planeta. Armenia, Camerún, Etiopía, Gaza, Haití, Israel, Libia, Myanmar, Nigeria, Siria, Sudán, Ucrania, Yemen... la guerra es ahora tan frecuente que el Papa Francisco puede calificarla de "verdadera Tercera Guerra Mundial".⁷ La cruda realidad de las vidas perdidas, los cuerpos y las mentes dañados, los medios de subsistencia destruidos y las personas desplazadas desfiguran a toda la humanidad.⁸ ¿Ofrecen los cristianos algún antídoto contra toda esta animadversión? ¿Puede el Evangelio hablar a los corazones atrapados por la rivalidad y el odio?

En lo que sigue, sugiero que una auténtica reconciliación y una fraternidad duradera sólo pueden lograrse mediante una conversión "eucarística" para vernos "como un solo cuerpo" con nuestros compañeros cristianos y con toda la humanidad, y vivir para los demás y no sólo para nosotros mismos. Lo mejor de la Iglesia es la premonición de esa unidad que sólo se alcanzará plenamente en la reconciliación de todas las cosas en Cristo. El proceso de ser y llegar a ser ese único cuerpo se sirve hoy de una sensibilidad *sinodal*, la idea de caminar juntos, en comunión y misión. Esto permite a las personas participar en el amor eucarístico del Padre, el sacrificio eucarístico del Hijo y la vida eucarística del Espíritu.

5 II. Para que todos sean uno

¿Qué rezó Jesús la noche de su Última Cena? Los Evangelios Sinópticos recogen su institución de la Eucaristía y su oración de liberación en Getsemaní, pero el Evangelio de Juan nos da una idea más clara de lo que pensaba Jesús aquella noche. Preocupado en espíritu, consciente de que estaba a punto de ser abandonado, traicionado y torturado, pero "glorificado" en su Pasión y

Regreso, ansioso por el efecto de todo esto en sus discípulos, les da una última lección lavándoles los pies y ofreciéndoles su Cuerpo y su Sangre. Por el camino les instruye sobre la confianza en el Padre, el Hijo y el Espíritu, sobre la autoridad y el servicio, la verdad y la bondad, sobre el sufrimiento, la abnegación y el amor. Ruega por su paz, su alegría y su vida eterna. Y reza -cinco veces en pocos versículos- para que los discípulos estén unidos.⁹

Sin esta unidad dada por Dios, dice Jesús, no pueden ser "santificados en la verdad" ni "guardados en el nombre de Dios". Dios y las cosas de Dios pueden ser a veces paradójicos, incluso inefables, pero no podemos creer cosas contradictorias sobre Dios y estar todos en lo cierto. Es más, la unidad es esencial para el testimonio: ningún mensaje persuadirá si sus mensajeros discrepan sobre su contenido; la desunión es un escándalo. Sin embargo, la unidad por la que Cristo reza va más allá de estar "en la misma página" con fines estratégicos.

¿Cómo debemos pensar en esta unidad? El paradigma que Jesús ofrece repetidamente a sus discípulos es el que existe entre el Padre y el Hijo: "Que sean uno, *como nosotros somos uno*". La llamada de Cristo a ser semejantes a Dios¹⁰ tiene muchas dimensiones, pero aquí vemos una central: *estar unidos como están unidas las tres personas de Dios*. Las personas de la Trinidad están tan identificadas que mucho de lo que decimos de una puede decirse igualmente de las otras; derraman su amor unas sobre otras, compartiendo la divinidad y dándose mutuamente identidad y misión; trabajan juntas en la creación y la redención. Así, también, los discípulos de Cristo deben estar tan identificados en lo que creen y hacen que podamos hablar de los "cristianos" o de la "Iglesia" como una sola entidad, y lo que decimos de todos lo decimos de cada uno. Sólo entonces, dice Jesús, su alegría, su amor o su gloria -lo que llamamos 'gracia'- serán evidentes en ellos. Sólo entonces serán capaces de resistir al mundo, a la carne y al demonio. Los lazos fraternos son algo más que una estrategia de equipo para maximizar la eficacia: son el resultado de una conversión profunda y de la conformación con Dios. Los lazos fraternales son algo más que una estrategia de creación de equipos para maximizar la eficacia: son el resultado de una conversión profunda y de la conformación con Dios.

6 Esto es lo que nos sucede en el Bautismo y en los sacramentos posteriores. Una armonía trinitaria debería entonces ser evidente en todas nuestras relaciones, y ser una marca de la Iglesia universal, local y doméstica. Frente a las fuerzas internas y externas de desintegración, debemos cultivar la unidad, pero también rezar por ella como un don divino que nunca podríamos fabricar por nosotros mismos. San Agustín dijo célebremente: "*Nos has hecho para Ti, Señor, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti*"; pero también podríamos decir del Señor Eucarístico: *Te has hecho para nosotros, Señor, y nuestra alma está inquieta hasta que descanses en nosotros.*

7 III. Fraternidad

Para algunos, el término "fraternidad" evoca una sociedad secreta de estudiantes universitarios. Los más conscientes de la historia ven venir los estandartes de la revolución francesa, los marxistas y los masones. Los más espirituales piensan en los monjes, frailes y hermanas que se llaman "hermanos" y "hermanas". Pero para la concepción *cristiana* de la fraternidad, empezamos naturalmente por la generación apostólica. Al menos cuatro de los apóstoles eran hermanos de sangre: Simón y Andrés, hijos de Jonás, y Santiago y Juan, hijos de Zebedeo.¹¹ Lázaro, Marta y María eran hermanos y algunas de las santas mujeres que acompañaron a Jesús pueden haber sido parientes. Pero la palabra *ἀδελφός* (*adelfos*, hermano) se usaba vagamente en la cultura de la época para incluir a parientes o amigos, compañeros de tribu o cargos públicos.¹² En todos los casos existía cierta solidaridad o intimidad similar a la de una familia.

Pero los apóstoles también eran hermanos en un sentido espiritual: Jesús les llamaba "los hermanos".¹³ Su relación se basaba en haber sido llamados y haber respondido, haberse reunido y haber dado testimonio *juntos*. Habían experimentado esperanzas, limitaciones y emociones similares mientras caminaban con Cristo. Además de sus signos y enseñanzas, recibieron la Última Cena y las apariciones posteriores a la Resurrección. Jesús daba prioridad a la fraternidad espiritual sobre la biológica,¹⁴ y gran parte de sus enseñanzas versaban sobre cómo

debían amar esos hermanos espirituales.¹⁵ Deben evitar los rencores y reconciliarse.¹⁶ Deben hacer "por el más pequeño de estos hermanos [y hermanas]" lo que harían por Jesús.¹⁷ Deben amarse los unos a los otros como él los había amado. Y después de su partida, los primeros cristianos siguieron honrando esta fraternidad.¹⁸ Trataban de demostrar *φιλαδελφία* (*philadelphia*, amor fraterno). Se saludaban con un beso fraterno. Deploraban la división y las faltas de amor.¹⁹ Eran una familia.

 **8** El riesgo era que los cristianos se encerraran en sí mismos, atendiendo sólo a las necesidades de sus hermanos físicos o espirituales, sin ampliar su tienda para incluir a otros, y por tanto incapaces de sanar nuestro mundo fracturado. Por eso Jesús insistió en su misión de ir a toda la humanidad, y hacer de ellos sus vecinos, amigos, hermanos, discípulos.²⁰ Se refiere específicamente a los que "todavía no son" de su rebaño, pero a los que debe "pastorear también".²¹ En su encíclica, *Fratelli Tutti*, el Santo Padre nos ha invitado a reflexionar sobre nuestra vulnerabilidad y necesidades comunes como seres humanos, nuestros propósitos compartidos y dones complementarios. Luego, con el don de la fe, podríamos preguntarnos qué significa creer que nuestro Dios no es sólo Creador, sino *Padre* y *Redentor* de toda la humanidad, qué significa ser creados y restaurados en una "semejanza familiar" con Él y entre nosotros.²² El amor cristiano no está reservado a un pequeño grupo de hermanos *exclusivos*, sino que, como han enseñado el Concilio Vaticano II y los Papas,²³ está *destinado a todos*, para sanar las numerosas fracturas que existen dentro de los seres humanos y entre ellos, y elevarlos a ser una comunión de santos.

9 IV. La Eucaristía como fuente de unidad y reconciliación

La máxima de Henri de Lubac SJ de que "la Iglesia hace la Eucaristía y la Eucaristía hace la Iglesia" influyó en el Concilio Vaticano II y en gran parte de la teología posterior.²⁴ Se encuentra también en el *Catecismo*, así como en la encíclica del Papa Juan Pablo II *Ecclesia de Eucharistia* de 2003.²⁵ De Lubac trató de recuperar una concepción patristica de la Iglesia como cuerpo místico de Cristo potenciado por su cuerpo sacramental.²⁶ "Donde hay dos o tres

reunidos en mi nombre", dijo Jesús, "allí estoy yo en medio de ellos"²⁷: la Iglesia está más presente cuando reúne a los cristianos en el culto, especialmente para la Eucaristía. Podríamos pensar en aquel precursor de la Eucaristía, cuando Cristo reunió a una "diócesis" de 5.000 personas en las colinas, las dividió en "parroquias" de unos cincuenta, "milagró" los panes y los repartió. O en su Última Cena, cuando hizo mucho más por los Doce y por nosotros. La Iglesia hace la Eucaristía, pero el Señor Eucarístico hace primero la Iglesia. De Lubac cita a Cirilo de Alejandría: "Somos... moldeados en el único cuerpo de Cristo, alimentándonos de una sola carne. Un solo espíritu nos singulariza para la unidad y, como Cristo es uno e invisible, ya no somos muchos sino uno en él".²⁸ Esta unidad sobrenatural, ocasionada por la Eucaristía, es el contexto de la enseñanza de Pablo de que "así como hay un solo Pan, nosotros, que somos muchos, formamos un solo cuerpo, pues todos participamos de un solo Pan".²⁹ Esto hace que el diverso Pueblo de Dios tenga "un solo corazón y una sola mente", como dicen *los Hechos de los Apóstoles*, "entregados a la enseñanza de los apóstoles y a la *κοινωνία* (*koinonia*, comunión), a la Fracción del Pan y a las oraciones."³⁰

 **10** Hace algunos años, al gran teólogo dominico inglés, Herbert McCabe, le preguntaron si las papas fritas y la Coca-Cola podrían ser más relevantes para una misa de jóvenes que el pan y el vino. Dijo que pensaba que deberíamos seguir las rúbricas de la Iglesia en este asunto: el orden importa en la liturgia, la tradición de usar harina de trigo y vino de uva se remonta a Jesús, y es la Iglesia la que establece los parámetros de los sacramentos. Sin embargo, añadió otra razón para no usar papas fritas y Coca-Cola: porque, dijo, ¡son tan poco nutritivos que dudosamente son comida y bebida en absoluto! Estaba bromeando, por supuesto, pero había un punto importante aquí sobre la comida para el cuerpo y el alma. Jesús eligió deliberadamente el pan y el vino para hacerse sacramentalmente presente en nuestro mundo cotidiano.

Pero el pan y el vino no son para nosotros símbolos *neutros*: llevan toda la ambigüedad de la fabricación humana, con su mezcla de bendición y maldición. El pan, alimento sencillo de campesinos y reyes, se elabora a partir de esa abundancia de grano que cubre nuestro globo. Sin

embargo, muchos se quedan sin el pan de cada día, mientras otros lo devoran o se atiborran de él. El bloqueo ruso de las exportaciones de trigo ucraniano ha provocado escasez y hambruna en algunos lugares, e inflación de precios en todas partes. Las guerras comerciales son paralelas a las militares, los aranceles y los cárteles apuntalan los precios, y el grano se almacena y se vierte en lugar de compartirse. Luego está el vino, la bebida que alegra los corazones y evoca brindis y fiestas. Sin embargo, sabemos que el alcohol es la fuente de tanto dolor y sufrimiento en borracheras y violencia, miseria y muertes en carretera, en hogares, huesos y vidas rotas.³¹

En todo este lío de alegrías y sufrimientos humanos, esperanzas y temores, la multitud en la colina hambrienta de comida y señales, la banda de discípulos confundidos y traidores en el cenáculo, en medio de la ambigüedad del pan y el vino, Jesús viene a nosotros, una y otra vez, en la Eucaristía. Bajo estos signos tan ambiguos se hace realmente presente, dándole sentido a todo, humanizándolo y divinizándolo, de modo que nada de lo humano es ajeno a Dios, excepto lo que es anti-Dios y anti-hombre, el "pecado". Como desde toda la eternidad, ahora desde el centro mismo del embrollo humano, Dios Padre canta la Palabra, el gran canto de amor que es el Hijo, que a su vez une las distintas voces de la humanidad en la armonía de un coro. Ahora encarga a la Iglesia: "Desde ahora, haced *esto* en conmemoración mía".

 **11** En *Evangelii Gaudium*, el Papa Francisco destacó la dimensión curativa de la Eucaristía, al insistir en que la Eucaristía "no es un premio para los perfectos, sino una poderosa medicina y alimento de los débiles".³² En Jesús encontramos al médico divino, que cura nuestros males físicos y espirituales y nos devuelve la amistad con Dios y con los demás. Pero el "quién" de nuestra curación es corporativo; soy sanado en la medida en que formo parte de un todo sanado y sanador. Como dice el Papa Francisco en *Laudato Si*, "la persona humana crece más, madura más y se santifica más en la medida en que entra en relación, saliendo de sí misma para vivir en comunión con Dios, con los demás y con todas las criaturas".³³

Así que la Eucaristía, junto con su gemelo sacramental la Confesión, celebramos nuestra comunión con Dios y entre nosotros, pero también la realizamos, sanando las fracturas entre nosotros. Reunidos en *ἀνάμνησις* (*anamnesis*, en la memoria) y en *εὐχαριστία* (*eucharistia*, en la acción de gracias) por todo lo que Dios ha hecho por nosotros, en la historia de la salvación y en nuestras historias personales, somos impulsados a renovar los lazos de fraternidad humana y *κοινωνία* (*koinonia*, comunión), y a compartir la *Evangelii Gaudium* (la alegría del Evangelio) con celo misionero.³⁴ En y por la celebración de la Eucaristía, llegamos a comprender mejor que el sacrificio de Cristo es "para todos" y nos impulsa a "ser "pan partido" para los demás [y] a comprometernos por un mundo más justo y fraterno."³⁵ Hacer esto "en conmemoración mía" es recordar y hacer presente la memoria más profunda del amor: que Cristo dio su Cuerpo y su Sangre, la totalidad de su vida y de sí mismo, para que nosotros podamos vivir en Él y amar a toda la humanidad como Él lo hizo.³⁶

12 V. Sinodalidad y Eucaristía

Hace sesenta años, el Concilio Vaticano II describió la Iglesia como *sacramento*, signo e instrumento de unión con Dios y la humanidad, y como *comunión* entre Dios y la humanidad, y entre las personas humanas. Sobre el telón de fondo de esta eclesiología sacramental y *communio*, el Concilio reflexionó a continuación sobre la *colegialidad* de los obispos, incluso cuando están reunidos *en sínodo*. La idea de *la sinodalidad* ha sido una rica fuente de reflexión sobre la sensibilidad eclesial en los últimos años. Lo que significa calificar una institución o actividad de "sinodal" es a veces poco claro, porque el concepto aún está cristalizando.

 13 En una Iglesia verdaderamente sinodal, los pastores y los fieles lo serán:

- ejercer sus cargos y ministerios en comunión jerárquica y con sentido de corresponsabilidad
- equilibrar lo universal y lo particular, el sacerdocio de los bautizados con el de los ordenados
- ser conductores de la tradición apostólica, pero también abiertos a nuevas voces y estrategias pastorales

- gobernar, enseñar y santificar de modo que alienten a los fieles en su comunión con Dios y con los santos
- cultivar una sensibilidad eclesial inclusiva, fraterna, que escucha, discute, ora, discierne y decide, con todos y para todos, bajo la guía del Espíritu Santo, y
- Reunir a los fieles en comunidades eucarísticas, promoviendo la devoción y la divulgación.

Así pues, el culto eucarístico tiene un aspecto horizontal: la comunión con los presentes, con el resto de la Iglesia y con toda la humanidad. Sin embargo, siguiendo el modelo de la muerte de Cristo, toda la vida cristiana es cruciforme, por lo que lo horizontal debe cruzarse con lo vertical, la comunión en la tierra con la del cielo. A diferencia de las concepciones seculares políticas, burocráticas o corporativas de la Iglesia, el Papa Francisco insiste en que el Espíritu Santo debe ser el gran protagonista de la vida de la Iglesia y de cualquier sinodalidad genuina. Sin el Espíritu, dice, podemos celebrar una reunión eclesial de las Naciones Unidas o un parlamento diocesano, "examinando esta o aquella cuestión", pero no será un verdadero sínodo, que es "el pueblo fiel, el colegio episcopal, el Obispo de Roma: todos escuchándose entre sí, y todos escuchando al Espíritu Santo, el "Espíritu de verdad", para saber lo que "dice a las Iglesias".³⁷

 **14** "No hay aspecto de la vida eclesial que no encuentre su cumbre y su fuente en la Liturgia", dijo el Papa. "Más que ser el resultado de programas elaborados, una práctica pastoral completa, orgánica e integrada es la consecuencia de colocar la Eucaristía dominical, fundamento de la comunión, en el centro de la vida de la comunidad."³⁸

 **15** Esta concepción de la sinodalidad como una forma de adoración es exclusiva del Papa Francisco.³⁹ "El Sínodo es un proceso de discernimiento espiritual, de discernimiento eclesial", dice, "que se desarrolla en la adoración, en la oración y en el diálogo con la Palabra de Dios".⁴⁰ Una Iglesia sinodal sólo será un espacio para la acción del Espíritu Santo si los participantes se comprometen en "la oración confiada... que es la acción del corazón cuando se abre a lo divino,

cuando nuestros humores se acallan para escuchar la voz tranquila y silenciosa de Dios".⁴¹ En la adoración eucarística, Cristo nos mira fijamente y nosotros le devolvemos la mirada; estamos quietos, escuchando profundamente, intercambiando. En el relato clásico de σύνοδος (*synodos*, caminar juntos) en el camino de Emaús, los dos momentos culminantes son Cristo partiendo la Palabra y luego Partiendo el Pan. Como partidores de la Palabra y del Pan, los pastores son esenciales para cualquier sensibilidad o proceso genuinamente sinodal; y como receptores de la Palabra y del Pan, todo el Pueblo de Dios debe ser receptivo.

Cuando caminamos juntos eucarísticamente, comprendemos mejor a Dios y a los demás. Como a los discípulos que caminaban juntos hacia Emaús se les abrieron el corazón y los ojos a Cristo ardiente en su palabra y presente en su sacramento, *nosotros* recordamos, damos gracias, nos conformamos a Cristo y nos hacemos más verdaderamente su Cuerpo. El cuerpo sacramental hace el cuerpo místico, y *viceversa*. Esto nos anima a extender el perdón divino y proclamar la esperanza divina a nuestro mundo dividido. Sólo como cuerpo unificado animado por el amor de Dios puede la Iglesia ser un testigo creíble para el mundo, y conducir a la humanidad a una comunión más profunda. Al imitar a Cristo, convirtiéndonos en su cuerpo partido por los demás, cambiamos el egoísmo y la dominación por la entrega y el servicio.

16 Conclusiones

Tras un siglo de proclamación de que "Dios ha muerto" y las terribles fracturas de la sociedad francesa por las revoluciones y la era napoleónica, la laica francesa Émilie-Marie Tamisier organizó el primer Congreso Eucarístico en 1881. La idea se le ocurrió cuando vio a doscientos parlamentarios franceses arrodillarse ante el Santísimo Sacramento para consagrar de nuevo sus corazones y su nación. Creía firmemente que "la Eucaristía salva al mundo", y éste fue el lema del primer Congreso. En su opinión, sólo el poder del Santísimo Sacramento devolvería a "la hija mayor de la Iglesia" a la fe de sus antepasados y curaría las divisiones que la infidelidad había provocado en su país.

Pero si la Eucaristía pudo curar el mundo de Émilie, también podría hacerlo en el nuestro. Debemos, utilizando el lenguaje de San Juan Pablo II, vivir una "existencia transfigurada" comprometida a "transformar el mundo" compartiendo la comida sagrada que hace presente al Dios-hombre no sólo a quienes lo consumen, sino en y a través de ellos a toda la humanidad.⁴² De este modo ya no vivimos en términos de "yo y ellos" o incluso "nosotros y ellos" o sólo "nosotros", porque como dice el Papa Francisco, todos somos hermanos y hermanas llevados del mundo a la Mesa del Señor, y de esa Mesa de vuelta al mundo, viajando juntos en nuestro camino hacia el cielo.

¹ Emily Brontë, *Cumbres borrascosas* (Londres: Orion Publishing Group, 1993), 151.

² Mark Twain, *Las aventuras de Huckleberry Finn* (Londres: Diamond Books, 1993), 120.

³ No mates al inocente: Gén 9:5-6; Éx 20:13; 21:12-14; 23:7; Lv 24:17,21; Dt 5:17; 19:10; 27:25; Pr 6:16-17; Is 26:21; 59:7-8; Jr 22:3; cf. Mt 5:21; Rom 13:9; St 2:11. "No maltraten ni hagan violencia al extranjero, al huérfano y a la viuda; no derramen sangre inocente en este lugar" Jr 22:4-5. "No envidies al hombre violento ni elijas ninguno de sus caminos" Pr 3:31. "Acaben con la violencia y la depredación, practiquen el derecho y la justicia" Ez 45:9. Jesús sobre amarnos los unos a los otros como Él nos amó: Jn 11:36; 13:34-35; 15:12-13. Jesús sobre el afecto y la misericordia hacia la familia, el prójimo, los enemigos: Mt 5:7,38-48; 6:12; 9:13; 18:23-27; 19:19; 22:36-40; 23:34; Lc 6:35-38; 10:25-37; 17:4; cf. 1Cor 10:24; 2Cor 6:6; Rom 13:9-10; 15,2; Gál 5:22; 6,1.10; Ef 4:32; St 2:13; 1Pe 3:8; 4:8. Jesús contra el rencor y la violencia: Mt 5:21-26,38-39; 7:1-6; 19:18; Lc 6:37; 22:49-51. Jesús sobre ser pacificadores y servirnos los unos a los otros: Mt 5:9; 14,27; 16:33; 25:34-40; Jn 13:1-14. Pablo y Juan sobre el amor y la paz, y contra el odio y la violencia: 1Cor 13; Rom 8:6; 12:10.17-21; 14:19; Gál 5:22-23; 1 Tes 5:12-15; Ef 1:5-6; 2:14-18; 3:16-19; 4:2-6; Col 3:12-15; Flp 4:6-7; 1Jn 2:3-11; 3:1,11-18; 4:7-21; 2Jn 5-6; cf. Heb 12:14; 13:13.1; Jn 13:1-14.

⁴ Gén 4:1-12.

⁵ El fratricidio, como se lamenta Claudio en *Hamlet* de Shakespeare (Acto 3, escena 3, línea 37), apesta hasta el cielo.

⁶ Papa Francisco, *Fratelli Tutti: Encíclica sobre la fraternidad y la amistad social* (2020), 13.

⁷ Papa Francisco, *Fratelli Tutti*, 25, 256.

⁸ Papa Francisco, *Fratelli Tutti*, 257-258.

⁹ Jn 17:11-23.

¹⁰ Mt 5:48; Lc 6:36,40; Jn 10:34; 15:12; cf. Sal 82:6; Rom 8:29; 12:1-21; 1Cor 11:1; 15:49; 2Cor 2:14-15; 3:18; 7:1; Gál 2:20; 3:27; Ef 1:4; 4:24; 5:1-23; Flp 1:6; 2:5; 3:10-11; Col 3:9-10; 1Pe 2:21; 1Jn 2:6; 3:2,16.

¹¹ Simón y Andrés: Mt 4:18; 10,2; Mc 1:16; Lc 6:14; Jn 1:40-41; 6:8. Santiago y Juan: Mt 4:21; 10:2; 17:1; 20,24; Mc 1:19; 3:17; 6:3; Lc 5:10; He 12:2. Felipe y Bartolomé/Nathanael aparecen a menudo emparejados en las listas de los Evangelios, por lo que podrían haber sido parientes o amigos: Mt 10:3; Mc 3:18; Jn 1:43-51. Los otros emparejamientos -de Tomás el Mellizo y Mateo el recaudador de impuestos, de Santiago hijo de Alfeo y Tadeo/Judas, hijo de Santiago, y de Simón el Zelote y Judas Iscariote tienen menos probabilidades de representar una relación de parentesco: Mt 10:3-4; Jn 11:6; 20:24; 21:2; Mc 3:18; Lc 6:14-16.

¹² "Hermano" se utiliza para describir a un pariente cercano, como un primo: por ejemplo, Gén 13:8; 14:14,16; 29:12; **SoL4:9**. (Generalmente se supone que "los hermanos del Señor" eran hermanastros o primos: Mt 1:25; 12:46-47; 13:55; Mc 3:31-32; 6:3; Lc 8:19-20; Jn 2:12; 7:3-5,10; He 1:14; Gál 1:19; 1Cor 9:5.) "Hermano" como se usa para describir a un compañero o amigo: 2Sm 1:26; 1Rey 13:20; 20:33; Job 5:15; 6:15; He 6:3; 1Tes 5:1. "Hermano" se usa para designar a un vecino, a un miembro de una tribu, a un compatriota: por ejemplo, Gén 19:7; Éx2:11; Dt 23:7; Nm 8:26; 18:2; 32:6; Jc 21:6; 2Sm 19:12-13; Jer 34:9; Ne 5:7; Abd 1:10; Mt 5:47; He 2:37; 3:22; 7:2; Heb 7:5. Hermano' como se usa para describir a un compañero de oficina: 1 Rey 9:13; Es 3:2; 1 Cor 1:1; 2 Cor 1:1. "Hermano" para describir a un compañero creyente: p. ej., Am 1:9; He 13:15, 26, 38; 22:1-3; 23:1, 5-6; 28:17, 21.

¹³ "Hermanos", como se usa para describir a los apóstoles: Mt 28:10; Lc 22:32; Jn 20:7. "Hermanos" para describir a todos los discípulos: Mt 5:22-24; 12:48-50; 18,35; Mc 3:33-35; Lc 8:21.

¹⁴ Mt 10:37; 12:25,46-50; 19:29; Mc 3:24-25; 10:29-30; Lc 8:20-21; 11:17; 12:52-53; 14:26; 18:29-30.

¹⁵ Por ejemplo, Mt 5:43-46; 6:24; 18:35; 19:19; 22:37-39; Mc 12:30-33; Lc 6:27-35; 7:47; 10:27; Jn 3:16; 8:42; 10:7; 11:3-5,36; 13:1,23,34-36; 14:15-31; 15:9-19; 16:27; 17:23-26; 20:2; 21:7,15-17,20; He 7:26; Rom 14:10.

¹⁶ Mt 5:22-24.

¹⁷ Mt 25:37-40.

¹⁸ "Hermanos", como se usa para describir a los apóstoles: He 21:17,20; 1Cor 9:5. "Hermanos" para describir a todos los discípulos: He 9:17,30; 11:12,29; 14:2; 15:1,7,13,22-23; 16:40; 21:17; 22:5,13; 1Pe 1:22. La palabra "hermanos" se utiliza 88 veces para designar a los discípulos cristianos sólo en la literatura paulina.

¹⁹ Los primeros cristianos honraban su hermandad: 1Pe 2:17; 5:9. Trataban de demostrar amor fraternal: Rom 12:10; 1Tes 4:9; Heb 13:1; 1Pe 1:22; 2Pe 1:7. Se saludaban con un beso fraternal: Rom 16,16; 1Cor 16,20; 2Cor 13,12; 1Tes 5,26; 1Pe 5,14. En las epístolas paulinas encontramos indicios de división en torno a cuestiones como la sabiduría y la autoridad en la Iglesia (1Cor 3:18-19, 4:9-13; 2Cor 5:20; caps. 10 y 11; 12.11-13; Gál 1:11-13; 1:11-2:21; Ef 3:1-13; Col 1:24-29), el mal y el sufrimiento (Rom 8:16-39; 2Cor 4:8-12; 6:3-10; 11:23-33; 12:7-10; Col 1:24-29), la resurrección (Rom 6:5; 1Cor cap.15; 2Cor 5:1-10; Flp 3:10-11), el culto ordenado (1Cor 10:16-22; 11:2-34; 14:26-39), los dones carismáticos (Rom 12:1-13; 1Cor 2, 12 & 14), la necesidad

del amor (Rom 5:5; 12:9-10; 13:8-10; 14:15; 1Cor 8:1; 13:1-14:1; 16:14; 2Cor 6:6; 8:8,26; 9:7; Gál 5:13-14,22; Ef 1:4,15; 4:2,15-16; 5:2; 6:23; Flp 2:2; Col 1:4; 2:2; 3:14; 1Tes 3:6,12; 4:9-12; 5:8; 1Tim 1:5; 2:15; 4:12; 6:11; 2Tim 1:7; 2:22; Ti 2:2; Flm 1:5-9), matrimonio, divorcio y celibato (1Cor ch. 7; 2Cor 6:14-7:1; Ef 4:21-33; 1Tim 4:1-5), moral sexual (Rom 1:18-2:11, 1Cor 5:1-5; 6:12-20; 14:26-40; 2Cor 12:21; Gál 5:13-26; Ef 4:17-24; 5:3-5; Col 3:5; 1Tes 4:), la asociación con inmORALES (1Cor 5:11-13; 6:9-1; Ef 5:5-14; 1Tim 1:8-11; 2Tim 3:1-9), las relaciones con la autoridad civil y los tribunales civiles (Rom 13:1-7; 1Cor 6:1-8; cf. 1Pe 2:13; 5:5; 2Pe 2:10), las mujeres (1Cor 11:2-16; 14:33-36; Gál 3:28; 1Tim 2:8-15; Ef 5:21-33; Col 3:18; cf. 1Pe 3:1-6), la arrogancia y la ambición (Rom 11:20; 1Cor 4:14-21; 5:2,6; 12:31; 13:4; Flm 1:17; 2:3; 1Tim 6:4-10; cf. Jn 3:14-16; 4:4; 2Tim 3:1-9). St 3:14-16; 4:16), y las colectas de la Iglesia, dinero y trabajo (He 24:17; Rom 15:25-27; 1Cor 9:6-18; 11:17-34; 16:1-4; 2Cor 8:1-15; 9:6-15; Gál 2:10; Flm 4:10-20; 1Tes 4:9-12; 5:12-22; 2Tes 3:6-15; cf. St 2:1-13). Pablo deplora los celos, las querellas, los chismes y las calumnias, el faccionalismo o cualquier cosa o persona que cause divisiones en la comunidad; pide a sus comunidades que sean lugares de concordia, paciencia, perdón y caridad: Rom 1:29; 9:1; 12:9; 13:13; 14:1,15; 16:17-18; 1Cor 1:10-13; 3:3-9; 11:18-34; 2Cor 6:6; 8:24; 12:20; Gal 1:6-9; 5:20; Ef 2:11-22; 4:1-16; Col 2:4-23; 2Tes 2:16; 1Tim 6:3-5; 2Tim 2:14,22-26; 3:3-7; 4:1-5; Tit 1:9-2:15; 3:2,9-10. Entre otros escritores del Nuevo Testamento: 1Pe 1:22; 1Jn 2:10-11,15-17; 3:10-24; 4:7-21; Jud 1:11-12,17-23; Ap 2:4.

²⁰ Mt 22,1-14; 28,19-20; Mc 16,15-16; Lc 3,37-38; 10,25-37; Jn 3,16; 4,9.19-26; 17,18-21; He 1,8; cap 17; cf. Gn 12:1-3; 1Cr 16:24; Sal 22:27; Ez 11:17-20; Rom 10:13-15; Ef 1:9-10; Ap 7:9-10.

²¹ Jn 10:16; 17:20.

²² Gn 1:26-27; Dt 14:1-2; Sal 103:13; Is 63:16-17; 64:8-9; Jr 31:20; Mt 6:8,26; Lc cap 15; Jn 8:37-59; 10:16; 11:51; 20:17; Gál 4:6-7; Ef 3:14; 4:5-6; St 3:9.

²³ Véase Concilio Vaticano II, *Gaudium et Spes: Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual* (1965), 91; *Nostra Aetate: Declaración sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas* (1965), 5; San Pablo VI, *Populorum progressio: Encíclica sobre el desarrollo de los pueblos* (1967), 44,79, 85; San Juan Pablo II, *Carta a los niños en el Año de la familia*, 13 de diciembre de 1994; *Familiaris Consortio: Exhortación apostólica sobre el papel de la familia cristiana en el mundo actual* (1981), 48; Benedicto XVI, *Caritas in veritate: Encíclica sobre el desarrollo humano integral en la caridad y en la verdad* (2009), 11, 34, 59; Papa Francisco, *Fratelli Tutti* 9, 271- 277, 279, 285.

²⁴ Véase Owen Vyner, "Love has made in us a sort of death'-The Eucharistic ecclesiology of Henri de Lubac", *Adoremus*, julio de 2023; Gabriel Flynn y Paul Murray, *Ressourcement: A Movement for Renewal in the Twentieth-Century Catholic Theology* (Oxford University Press, 2012); Fergus Kerr, *Twentieth Century Catholic Theologians: From Neoscholasticism to Nuptial Mysticism* (Blackwell, 2007).

²⁵ CIC, 1396 cf. Papa Juan Pablo II, *Ecclesia de Eucharistia: Encíclica sobre la Eucaristía en su relación con la Iglesia*, 17 de abril de 2003, no.26

²⁶ Véase, por ejemplo, Ireneo de Lyon, *Contra las herejías*, Libro V, cap. 2; Clemente de Alejandría, *Pedagogo*, Libro 1, cap. 6; Basilio de Cesaria, *Carta* 93, ²⁷ Mt 18, 20.

²⁸ Henri de Lubac, *Catolicismo: Cristo y el destino común del hombre* (trans. L.C. Sheppard y E. Englund, (San Francisco: Ignatius, 1988), 91.

²⁹ 1Cor 10:17.

³⁰ He 2:42-47; 4:32-35.

³¹ Geoffrey Preston, *God's Way to Be Man: Meditations on following Christ through Scripture and Sacrament* (Londres: Darton, Longman & Todd, 1978), 85-86.

³² Papa Francisco, *Evangelii Gaudium: Exhortación apostólica sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual* (2013), 47.

³³ Papa Francisco, *Laudato Si': Encíclica sobre el cuidado de la casa común* (2015), 240.

³⁴ Papa Francisco, *Evangelii Gaudium* 1,4,10,13,23,83,84, etc.; Hans Urs von Balthasar, "El catolicismo y la comunión de los santos", *Communio* 15 (verano, 1988): 163-168, en 164.

³⁵ Papa Benedicto XVI, "La Eucaristía como camino de santidad", en *El corazón de la vida cristiana: Pensamientos sobre la Santa Misa* (San Francisco: Ignatius Press, 2010), 37, citando Mt 26,28.

³⁶ Comité Pontificio para el Congreso Eucarístico Internacional, *Fraternidad para sanar el mundo: Documento Base para el 53º Congreso Eucarístico Internacional de Quito Ecuador 2024*, 48.

³⁷ Papa Francisco, *Discurso por el 50 aniversario de la institución del Sínodo de los Obispos*, 17 de octubre de 2015, citando Jn 14,17 y Ap 2,7.

³⁸ Papa Francisco, *Desiderio Desideravi: Carta apostólica sobre la formación litúrgica del pueblo de Dios*, 37.

³⁹ Por ejemplo, Papa Francisco, *Discurso a los fieles de la diócesis de Roma*, 18 de septiembre de 2021.

⁴⁰ Papa Francisco, *Homilía de la Misa de apertura del camino sinodal*, 4 de octubre de 2023.

⁴¹ Papa Francisco, *Discurso introductorio al Sínodo sobre la familia*, 5 de octubre de 2015.

⁴² Juan Pablo II, *Ecclesia de Eucharistia*, 20.